



EL CASTILLO DE TORO.

El arte de la fortificación es tan antiguo como los pueblos. Desde la más remota y oscura fecha se hallan vestigios de obras destinadas á la defensa y conservación de los estados. Pues como la guerra surgió entre los hombres, luego que las pasiones viciaron el corazón humano, fué necesario proveer cada cual á su seguridad, y buscar medios de domar á su adversario. Hay quien atribuye á Cain la invención de las murallas, lo cual significa, á ser cierto, una profunda analogía. La guerra no pudo tener otro padre más que aquel fratricida. La destrucción del género humano debe proceder efectivamente del primer hombre que vertió la sangre de su semejante. ¡El invento es digno del inventor!... Sea de ello lo que quiera, y sin entrar en indagaciones sobre su procedencia, es lo cierto que, llevadas las cosas al terreno de la fuerza, el débil hubo de buscar contra el fuerte reparos, por un instinto de la naturaleza. Los matorrales, las quebraduras del terreno, los árboles de las selvas, todo cuanto naturalmente pudiera presentar un obstáculo entre el agresor y el acometido, formó los primeros medios de reparación. Está esto tan en el orden preciso de los sucesos, que no necesita explicación. Hasta los animales en sus luchas presentan esa observación misma. El que se siente inferior, busca modos de igualar el combate con el auxilio de la posición material, ya guareciéndose en punto seguro, ya colocándose en sitio inabordable, ya utilizando cualquier otro recurso propio de la ocasión. Y por eso también, aun entre los pueblos más salvajes, se nota el uso de las fortificaciones. Rudas, imperfectas, es verdad, pero siempre con el mismo origen y para igual fin. La humanidad es una; la ley de conservación absoluta y universal, y la naturaleza el más hábil y poderoso maestro. El isleño inculto se defiende tras de los setos; el montañés agreste aguarda las fieras en el antemural de los breñales; donde quiera, en fin, la necesidad siendo el rudimento del arte. Merced al apremiante desarrollo del espíritu de destrucción, hizo rápidos y aprovechados progresos. Ya en las primeras civilizaciones hallamos á Ninive, á Memphis, á Babilonia, de altos y soberbios muros circundadas. La Biblia nos habla de las murallas de Jericó y de los baluartes de Jerusalén. Y Homero nos muestra en los tiempos heroicos los bastiones centenarios de Ilión, á cuyo alrededor arrastró Aquiles el sangriento cadáver del mejor hijo de Priamo.

La fortificación siguió los pasos del genio de la guerra. Y al tenor que se multiplicaban los medios de ataque, se adelantaban los de defensa. El asalto fué la primitiva y natural espugnación. Contra ella bastaba un muro elevado. El parapeto es el primer elemento de la construcción. La escalada se reemplaza luego por la brecha; el ataque por alto queda sustituido con la espugnación por bajo. Entonces fué preciso evitar el acceso del sitiador al pie de la muralla. Y se ideó

cutar la comunicación con el campo por medio de zanjas paralelas á la obra. El foso nació con esta ocasión. Y luego vinieron las palizadas, las escarpas, barbicanes y demás perfeccionamientos. La cava seca hizo brotar el pensamiento del foso hidráulico, para aumentar con las aguas la dificultad de su paso. Hubo pues que batir los muros desde la orilla exterior, y fuera del alcance material del brazo. El ingenio suplió á la naturaleza. El agente mecánico hizo el oficio de agente animado. El *ariete* vino á satisfacer esta exigencia. La *catapulta* y la *torre de ataque* tuvieron igual objeto. Contra estos medios terribles opuso el arte nuevas resistencias. Los muros rasos y rectilíneos fueron guarnecidos con torres de doble elevación que ellos. Así conseguían dominar las de ataque, batiéndolas verticalmente, y lograban flanquear al enemigo, que una vez colocado al pie de la muralla, quedaba á cubierto de los tiros superiores. De aquí nació el ángulo entrante y el fuego de flanco, que hicieron dar un paso decisivo á la fortificación, y crearon un nuevo sistema. La experiencia hizo perfeccionar el uso de las torres, que empezaron por ser cuadradas, se convirtieron en redondas, y vinieron á producir últimamente el baluarte angular. Pero esto no fué hasta mucho después. Así se mantuvieron por bastantes siglos con modificaciones accidentales. Y en este espacio se construyeron las fortalezas de la edad media. La única innovación importante fué el uso de los cañes para los tiros verticales, consumando el ejercicio del proyectil en todas direcciones. El descubrimiento de la pólvora sobrevino más tarde, y causó una revolución profunda en la construcción de plazas y reparos. La artillería, las minas y demás recursos del fuego, hicieron inútiles las antiguas obras. Las murallas de roca fueron precisas para resistir al ímpetu del cañón. Las obras angulares fueron indispensables, para presentar menos puntos vulnerables al sitiador. Las baterías ocuparon el punto de los antiguos almenares. La guerra en esta parte cambió de faz. *Vauban* llegó por último á establecer el arte moderno, tan ingenioso y aventajado como se necesita para contrastar al rayo de la destrucción. Sin embargo, ya ha pasado la época de las fortificaciones.

Antes del uso de los mistos era muy fácil la defensa de un país. Por eso abundan tanto las fortalezas feudales. Un cerro, una garganta de peñascos, un pantano, cualquier accidente topográfico ofrecía punto de cómoda y ventajosa resistencia. Y allí se elevaban al punto cuatro paredones rudos con sendas torres y barbicanes, donde desafiaban impunemente el furor del asedio. Y no hubo merindad, señorío ni concejo que dejase de mantener alcaides y castellanos á la sombra de su pendón. Hasta los monasterios tomaron cierto aspecto marcial. Y más de una abadía era un verdadero alcázar feudal. El estado de aquella sociedad hacia de la fuerza un elemento activo y ordinario, y este espíritu se revelaba en todas sus obras. Así es que llevan un sello inequívoco y generador. El magnate fortificaba sus estados contra el rey; el merino muraba su villa contra el prócer; el preboste real se reparaba en su jurisdicción contra propios y extraños. Y como los

19 DE MARZO DE 1854.

sitios eran débiles, las tropas irregulares, y las campañas breves y azarosas, esos seguros eran inespugnables las mas veces, y respondian bien á su institucion. Entre nosotros particularmente la guerra con los sarracenos dió origen á muchos monumentos, pero todos de una misma índole y fisonomía. Podrán variar en la disposicion de sus formas: pero los elementos artísticos de su constitucion siempre son de filiacion idéntica, y parten de igual principio. Las murallas planas, los cubos, las almenas; hé aquí el tipo fundamental que se reproduce en mas ó menos escala y accidental variacion, segun el talento del artífice, y las circunstancias especiales de su origen y objeto. En todas se observa así. Ahí tenéis el castillo de Toro. No ofrece mas. Y tuvo codiciada importancia. Y sufrió largas y azarosas vicisitudes. Su plano hace un cuadrilátero, rodeado de fuertes muros, y flanqueado por ocho cubos almenados en sus ángulos y frentes. Las murallas son espaciosas, y en su interior corre una crujía cubierta á bóveda para su defensa con armas menores. Por la parte interna se hallan los edificios que servian para alojamiento y uso de la guarnicion, dejando en el centro del perímetro cómoda y espaciosa plaza de armas. Aunque de tan sencillo artefacto, este castillo era fuerte por su fabrica, y sobre todo por su situacion. Colocado sobre el borde de la estensa planicie, que por aquella parte cae sobre el Duero en ágrias y elevadas vertientes, domina todo el curso del río y la vega de sus pintorescas márgenes. La linea avanzada, que era la mas vulnerable, ofrecia grandes dificultades para su espugnacion. El Duero la guarece tras de sus caudales, cual inmenso foso, bañando el pié de la enroscada prominencia. La vereda que por la falda de esta conduce desde el puente á la altura, es aun hoy tan tortuosa, pendiente y desagradable, que deja coleccionar fácilmente cuanto tendria de difícil y costoso su acceso en aquella ruda y belicosa época. Con algunas cortaduras y estacadas, con unos pocos soldados guarecidos en las quiebras y recodos del terreno, se cerraba el paso al enemigo con incontrastables ventajas. Los demás puntos de la fortificacion estaban dentro del radio de la plaza, y protegidos por ella en todas dimensiones. La topografía militar del castillo estaba bien elegida y ofrecia grandes conveniencias.

Aparte de esto, era un punto de deliciosas perspectivas. La justamente célebre campiña de Toro se estiende bajo la planta de este monumento secular. Nada se dá mas pintoresco y risueño en la imaginacion de los poetas. En la bella estacion primaveral, en aquellas tardes tibias y apacibles, cuando el aire es puro, perfumado el ambiente y espléndido el horizonte, se goza allí un cuadro magnífico y encantador. Los viñedos estensísimos que ciernen el ploroso racimo entre sus transparentes hojas, los frutales sin número cubiertos de vária y delicada flor, las blancas alquerías, perdidas por aquella alfombra de verdor, al modo que las gabiotas en las algas del Océano, las praderas vistosas, el bosque melancólico, las colinas de ondulante y lozana mies tóceadas, y el río con sus brillantes reflejos y azuladas ondas se disputan la avidez de la mirada y seducen la fantasia. Y esa bellísima decoracion, animada con el murmullo del viento en las arboledas y el rumor de las cascadas, con el balido del ganado y el cantar de los labriegos; esa alegre actividad de las faenas rústicas y el festivo bullicio de los campestres solaces, forma un conjunto digno del cincel del Pussino y de la lira bucólica de Virgilio y de Melendez.

Cual monumento histórico, el castillo de Toro tiene tantos y tan notables recuerdos como la ciudad. Acaso fué, y esta es su mas particular circunstancia, la última fortaleza que se rindió á los reyes católicos en su contienda con D. Alonso de Portugal sobre la sucesion de Enrique IV. Seria difuso enumerar los sucesos referentes á la historia local. Basta para nuestro objeto decir que la antigüedad de las fortificaciones de Toro se alza hasta los tiempos mas remotos de la nacion. Así lo acreditan las vetustas murallas de tierra, los hechos de armas que llevó á cabo en los siglos mas altos de nuestra historia, la importancia que obtuvo en la dominacion romana, y la que conservó hasta el grado de ser elegida por el rey D. Fernando el Grande para capital de su hija Doña Elvira.

¡Cuántos misterios terribles podrian revelar esas sombrías murallas! ¡Qué de acontecimientos han pasado sobre ese centenario alcázar! La antigua *Arbucule*, sin embargo, vejeta hoy en el confin de un páramo campesino, cual vetusto y olvidado cricon.

V. GARCIA ESCOBAR.

GRAN BAILE DE MÁSCARAS

EN CASA DEL SEÑOR DON TELESFORO DE...

Querer decir algo nuevo ocurrido ó que pueda ocurrir en un baile de máscaras, seria tan difícil como aquello de poner una pica en Flandes. Desde que todo español, conforme á un artículo de la ley funda-

mental del Estado, tiene derecho, segun nos asegura la tal ley, á dar á la imprenta, ó sea á publicar en letra de molde, cuantas ideas le vengan á sus mientes, salvo siempre aquello de «con sujecion á las leyes», se ha escrito tanto sobre todo lo que pasa y puede pasar en los bailes de máscaras y aun en toda clase de diversiones, que cualquier escritor que por gusto, ó compromiso las mas veces, se vea en el duro trance de ocuparse en semejante asunto, tiene que poner su ingenio en tortura, y después de dar cien vueltas á una misma cosa venir á concluir por donde debió haber empezado, esto es, por referirla del mismo modo que sus antecesores, que si le llevan en esto alguna ventaja, es debida quizás á haber nacido antes que él.

Todo hombre que mal ó bien escribe ó ha escrito para la imprenta, debe contar entre las espinas que rodean su profesion, que no son pocas ni de mal tamaño, la de tener que convertirse en cantor, ya en prosa, ya en verso, de todos los actos de la vida de sus amigos, y hasta de dar publicidad á sus sandeces. Cásase don fulanito con doña menganita, verdadero chisme de vecindad, que solo puede importar á los novios, sus familias, y media docena de amigos, convidados á la boda, para que hablen tal vez de la esplendidez del novio en los regalos, y sepan á cuanto asciende la dote de la desposada; y si los novios, sus familias ó sus amigos, conocen algun periodista, este desdichado mortal no puede evadirse del compromiso, á no provocar un *casus belli*, de dedicar por lo menos una gacetilla al venturoso enlace de los susodichos don fulanito y doña menganita, personas que nadie conoce, y que en el caso de que sus nombres tengan alguna celebridad, maldito lo que importa á los demás que se casen ó se queden solteros. Se le ocurre al conde de la Berengena marcharse por una temporada á viajar á Ciempozuelos ó á Canillejas, y el escritor su amigo ha de decir al público tan importante noticia, sopena de que se dé por muy ofendido el señor conde.

Estornuda tres veces mas de lo regular al día el general tal, ó el senador cual, y en seguida es preciso que salga un gacetillazo anunciando al mundo entero que S. E. está gravemente constipado. Piensa la marquesa de... ó la condesa... ó la embajadora... ó el capitalista... ó se supone que lo piensa, dar un *rauls*, un *soirée*, un *chocolate* ó un *té*, segun ahora se dice, y el periodista, amigo de la casa, tiene que anunciarlo al público á son de trompa y clarín, seis meses antes lo menos, como si se tratara de un acontecimiento de gran influencia en el porvenir de la humanidad... Se asegura por la chismografía cortesana que está en estado interesante la duquesita tal, y un revisero cualquiera se encarga de referirselo á sus lectores, y hasta de llevar la cuenta para que el país sepa la época del alumbramiento de tan distinguida señora. Se abre un molino de chocolate, una zapatería, una casa de préstamos, un almacén de muebles, ó una habitacion por el doctor *Kerelikowski* para la cura de enfermedades *secretas*, y después de haberse esto anunciado *secretamente* en carteles de seis pies en cuadro, adornados con láminas, que con todo el *secreto* posible no dejen duda al público de la habilidad del doctor, es preciso que un escritor se encargue de *hilar* su correspondiente parrafito, en que diga mil maravillas, y como si hablara por experiencia propia, del tal doctor, del chocolate, de las botas... etc.

Pues bien, lector querido, héme aquí en uno de esos apuros periodísticos, á mi que hace ya muchos meses que dejé la pluma, y puedo asegurarte que no la tomaba ni aun para escribir la cuenta de la lavandera, por ser esto negocio que há tiempo está bajo la jurisdiccion de mi mujer; pero tales son los compromisos de la amistad, que no hay fuerzas humanas que los resistan.

Yo no sé si alguno de los lectores del SEMANARIO se acordará de mi amigo D. Telesforo de... no porque el tal D. Telesforo sea una notabilidad política, literaria ni aun mercantil siquiera, sino porque en union de su señora me acompañó, yendo yo con la mia, á un baile de máscaras al Teatro Real en el año de 1834, cuya descripcion publiqué en LAS NOVEDADES de aquella fecha. Pues bien, lectores, D. Telesforo, que á causa de una *polka íntima* que vió bailar á su esposa con un pollito de perfumada cresta, decidió no volver á poner mas los pies en ningun baile público, deseoso ahora de complacer á su cara mitad, se propuso este año dar un baile de máscaras á sus amigos, pero con la espresa condicion de que todos los concurrentes habian de asistir á esta fiesta disfrazados de mamarrachos, sin escusa ni pretexto alguno, todo en uso de la soberanía que de puertas adentro ejerce en su casa el señor D. Telesforo. Cuando mi mujer me anunció tan absoluta determinacion, estuve á punto de pronunciarla un discurso sobre el estúpido capricho de D. Telesforo de tomar una medida tan absoluta contra la cual se rebelaban mi peluca, mis achaques, y otras causas que no son para dichas; pero conocí que todo esto seria predicar en desierto, y mucho mas cuando ví que mi esposa apoyaba de una manera decidida la resolucion de D. Telesforo. No era esto lo peor; sino que sabiendo mi amigo, y principalmente su señora, que en achaques de vanidad, casi siempre son estas quienes rayan mas alto, mis relaciones periodísticas, me exigieron la terrible palabra

de ser el cronista de su fiesta, palabra que mal que me pese me veo ya en la dura necesidad de cumplirla. El apuro en que ahora me encuentro es harto grave; pero para salir de él no hallo otro medio que tomar una de las muchas revistas que de los bailes se hacen actualmente, y ajustando mi narración al patrón de las crónicas, que para dar noticia de las fiestas de esta especie se publican todos los días, comenzar de la siguiente manera:

En la noche del 28 del pasado mes, y martes de Carnaval, abriéronse (entre siete y ocho) los magníficos salones (esto es mentira, no hay mas que una sala que se la puede alforbar con un número de LAS NOVEDADES) del señor D. Telesforo de... y una inmensa y bulliciosa concurrencia poblaba la espaciosa escalera iluminada á giorno (con una prosaica candelera que lloraba á lágrima viva el aceite que no podía consumir) del suntuoso palacio de la calle de... Los ecos de la orquesta (un mal *manucordio*) retumbaban en las bóvedas de aquella encantadora mansion, donde se agrupaba un inmenso número de bellas de las mas conocidas en nuestra corte (en sus casas, por supuesto), que vestidas con un gusto y un lujo que escede á toda ponderación, daban á la inolvidable fiesta del señor D. Telesforo un aspecto casi régio. El gusto con que estaban adornados los susodichos salones es digno de sus dueños, y el vivísimo alumbrado que en ellos habia (cuatro quinqués y media docena de bugías de la estrella), hacia percibir hasta la mas furtiva mirada de los amantes. El fabuloso número de brillantes y piedras preciosas (léase culos de vaso) con que adornaba sus alabastrinos brazos y nacaradas gargantas la mayor parte de las convidadas, nos hacian creer que todas y cada una de ellas habian estado en la isla de Monte-Cristó, por una parte del tesoro tan cacareado por el abate Faria. No podemos resistir al deseo de estampar aquí los nombres que recordamos de algunas (todos por supuesto) de las concurrentes á tan inolvidable *rauts*.

La señorita A... vestia un riquísimo y nunca visto traje de turca (de los mejores que suelen hallarse en los almacenes de la calle del Estudio). Las interesantísimas señoritas B... vestian de pasiegas. La siempre hermosa señora de C... un rico traje de gitana. La preciosísima, lindísima y amabilísima señora de D... vestia de polaca. La graciosísima, discretísima é interesantísima señora B de I (esta es mi esposa; pero no quiero ofender su modestia poniendo su nombre con todas las letras) nos ha dado una prueba mas de su buen gusto, yendo de maragata: su esposo vestia de bolero, y (gracias á algunas libras de algodón con que reparé el deterioro de mis formas) estaba hecho un dije. Las señoritas de F..., de G..., de H..., de J..., de K..., de L... y de M... llevaban el traje poco comun de vestal. Las señoras de N..., de O..., de P... y de Q... vestian de valencianas, moras y beatas. Las de R..., de S..., de T..., de U..., de V..., de X..., de Y... y de Z... iban de *capricho*. El señor Tal... (se me ha acabado el alfabeto) vestia de papagayo... El señor Cual... estaba admirable, vaporoso, con un lindísimo traje de Cupido...

Sentimos no recordar los nombres de una porción de notabilidades de uno y otro sexo de las que concurrieron á este brillante *soirée*, pero no dejaremos de nombrar al señor D. Telesforo, que vestia un riquísimo traje de la época del rey D. Felipe IV, que segun hemos averiguado, se le habia prestado para aquella noche solamente y sin ejemplar, un distinguido artista (cómicó de la legua) amigo suyo. El señor D. Telesforo, á pesar de su modestia tan natural, nos permitirá que elogemos su buena eleccion de traje (estaba hecho una sota de bastos) y le demos el mas sincero parabien por el efecto que causó en la concurrencia. Vestia la señora de la casa un elegantísimo traje de montar (cuanto cabe para baile) de la época de Isabel la Católica, que la hacia digna rival de su esposo.

A la una de la mañana se abrieron las puertas de las habitaciones donde estaba preparado un magnífico *buffet*, que nos recordará las espléndidas cenas de Baltasar (grandes bandejas con vasos con agua y azucarillos: el aguador llevó seis cubas mas ese dia) y los estómagos de los concurrentes fueron reforzados con los mas suntuosos manjares, haciendo por último, con su acostumbrado tino los honores de esta fiesta de tan gratos recuerdos para cuantos tuvimos la dicha de asistir á ella, los señores de la casa, cuyo magnífico, suntuoso y nunca visto baile, ha dado margen á las anteriores líneas.

El señor D. Telesforo de... su señora, y cuantos asistieron á tan brillante reunion que no sabemos cómo calificar (si de *rauts*, *soirées*, *chocolate*, *té* ó *café con leche y tostadas*) nos dispensarán que hayamos sido tan parcos en los elogios, pues nos reservamos tratarlos en alguna otra revista como se merecen, aun á pique de que se ofenda su proverbial modestia...

Creo que he cumplido bien y fielmente mi oficio de cronista del baile de mi amigo D. Telesforo de... Lo único que temo es, que por algunos se califique mi narración de plagio; pero de esto no me da cuidado; me contento con solo que queden como de mi cosecha los paréntesis que hay en ella...

EL BARON DE ILLESCAS.

EL BARON DE RIPERDA.

(Continuación.)

Habia sucedido al duque de Orleans en el gobierno de la Francia, como dijimos al principiár esta biografía, el duque de Borbon, quien opuesto por motivos personales y políticos á la familia de Orleans, procuraba impedir que Luis de Orleans, hijo del regente, sucediese en la corona á Luis XV, cuya débil constitución no prometia larga vida. Ningun medio le pareció mas á propósito para conseguir su objeto que el de casar al rey con una princesa que pudiese darle sucesión, rompiendo por consiguiente el proyectado enlace con la infanta Mariana Victoria, que aun no habia cumplido siete años. Fijó su atención primeramente el duque en su hermana Mlle. de Sens, á la que el rey mostraba alguna inclinación; mas luego se decidió por Maria Leczinski, hija de Estanislao, rey destronado de Polonia, y conseguida la aprobacion de Luis XV, se resolvió á despedir á la infanta. El abate Livry fué el encargado de presentar á los reyes las cartas en que Luis XV y su ministro se disculpaban de este paso; pero ni Felipe ni Isabel quisieron admitirlas, y despidieron con desprecio al desagraciado embajador.

Tal afrenta no podia menos de irritar á los monarcas españoles, aun cuando estos fuesen de carácter menos altivo: su indignacion se comunicó á toda la nacion, y se mandó á nuestros plenipotenciarios en Cambray que rechazasen la mediacion de la Francia. Al mismo tiempo partia un correo para Viena comunicando á Riperdá la orden de firmar el tratado de paz con el emperador, tal cual aquella corte le propusiese. Aprovechándose el ministerio austriaco de las favorables circunstancias, dictó un tratado que fué firmado por Riperdá, y poco tiempo después de la despedida de la infanta supo la Europa con asombro que acababa de efectuarse una alianza entre dos naciones que hasta entonces se habian mostrado mas enemigas la una de la otra. Confirmaba este tratado todos los articulos del de la Cuadruple Alianza: la renuncia de Felipe V á las provincias de Italia y á los Países-Bajos, y la del emperador á los reinos de España é Indias eran renovadas. Se renovaba igualmente la investidura de los duques italianos á favor del infante D. Carlos; Felipe V dejaba al emperador la posesion de todos los estados que tenia en Italia, y renunciaba al derecho de reversion sobre la Sicilia, reservándosele sobre la Cerdeña. Las dos partes contratantes debian usar durante su vida los títulos de que se habian servido hasta entonces; pero á su muerte no tomarian sus sucesores sino los de aquellas provincias que poseyesen.

Por último, el emperador garantizaba el orden de sucesion á la corona de España, tal como se habia establecido en los tratados de Utrecht, y Felipe á su vez se declaraba garante de la Pragmática sancion austriaca. Este articulo agradó sobremanera á la corte de Viena. Pero lo que hace de este tratado uno de los documentos mas vergonzosos para España, lo que arroja un feo borron sobre Felipe V y sus ministros, es el artículo noveno, que nuestros lectores nos permitirán trasladar literalmente. «Habrá un eterno olvido y amnistia, dice, y perdon general para todo lo que los súbditos de una y otra parte hayan hecho y cometido en público ó secreto, directa ó indirectamente, por palabra ó por escrito, y todos y cada uno de los súbditos de una y otra parte, de cualquiera estado, dignidad, condicion ó sexo que sean, así eclesiásticos como militares, políticos y civiles, que durante la última guerra han seguido el partido del uno ó del otro principe, los cuales gozarán de esta amnistia y perdon general, en virtud del cual les será permitido volver y entrar á la posesion y goce de sus bienes, derechos, privilegios, títulos, dignidades y libertades; y del mismo modo usar y gozar libremente lo que ellos han gozado al principio de la guerra, ó en el tiempo en que han elegido el uno ó el otro partido; no obstante todas las confiscaciones, prisiones y sentencias que han sido hechas ó dadas durante la guerra; las cuales deberán ser tenidas por nulas y como no dadas; en virtud de la cual amnistia todos y cada uno de los súbditos que han seguido el uno ó el otro partido, tendrán la permission de volver á su patria para usar y gozar plenamente de sus bienes, como si no hubiese habido guerra; dándoseles toda libertad de administrar sus bienes, por sí ó por sus apoderados, para venderlos ó disponer de ellos segun su voluntad, como lo podian hacer antes de la guerra.» Justa hubiera sido esta cláusula si se hubiera limitado á conceder perdon y amnistia general, devolviendo títulos y honores, juntamente con aquellos bienes confiscados que no hubiesen servido para pago de deudas y servicios, para indemnizacion de daños causados por los rebeldes, ó para premio de los fieles vasallos que habian perdido su sangre ó la de sus padres ó esposos en defensa de Felipe V. ¡Pero cuán digna es de censura y desprecio, habiendo servido solo de medio de despojo y usurpacion contra aquellos mismos que tan heroicamente habian

combatido por la casa de Borbon, y en pro de los enemigos mas rebeldes y tenaces de esta misma causa! Pueblos enteros se vieron perdidos por este solo artículo: las casas que ellos habian levantado de entre las ruinas; los terrenos que incultos por la guerra habian desbrozado y mejorado, todo pasó á manos de aquellos que rebeldes y tenaces habian peleado contra su rey y patria. La ciudad de San Felipe, recién construida sobre las ruinas de la antigua Játiva, mas rica, mas floreciente que lo habia sido nunca su antecesora, vió á sus moradores precisados á abandonar sus bienes, y á mendigar á la puerta de los mismos que antes pedian á la suya. ¡Así pagaba Felipe V los increíbles sacrificios que por colocarle en el trono hicieron sus vasaños; ó por mejor decir, tal era el efecto de la desordenada ambición de su esposa!

A este tratado siguieron otros dos, firmados ambos en primero de mayo, en uno de los cuales aprobaba la confederación germánica las investiduras de los ducados de Parma y Toscana, dadas al infante D. Carlos, y en el otro concedía S. M. C. á la compañía de Ostende los mismos privilegios y franquicias de que gozaban los súbditos de las demás naciones. Estos tratados, que hicieron suceder á una enemistad de veinticinco años una perfecta inteligencia entre las cortes de Madrid y Viena, causaron grave inquietud á las demás de Europa.

Luego que vieron que el tratado de Viena era aun mas perjudicial para la España que el de Utrecht, necesariamente hubieron de sospechar que existía oculto algun otro, y aun que se trataba de casar á la heredera de Austria con un infante español.

Habíase firmado en efecto otro tratado, al que se dió el nombre de *defensa*, el cual venia á ser la obra maestra de Riperdá. Ambas partes contratantes renovaban la garantía de sus respectivas posesiones, y se obligaban á reponer en el trono de Inglaterra al Pretendiente: el emperador prometia su apoyo á España para que recobrase á Gibraltar y Menorca, y Felipe á su vez se obligaba á pagar á los electores de Baviera y Colonia los subsidios necesarios para levantar y sostener un cuerpo de 38,000 hombres. El matrimonio de la archiduquesa con el príncipe D. Carlos no fué objeto de artículo alguno escrito; pero el emperador prometió solemnemente de palabra que consentiría en este enlace (1).

Entre tanto recibía Riperdá el premio de sus servicios: fué creado duque y grande de España de primera clase, con lo que su carácter, naturalmente petulante y jactancioso, llegó á ser intolerable. La primera prueba que dió de su altivez, fué el oponerse al duque de Richelieu, que iba á celebrar su entrada en Viena, pretendiendo que le cediese el paso, y aun llegando á amenazar que le atravesaría el



(Santa María de Buitrago.)

cuerpo con su espada si no accedía á esta pretension; Richelieu se vió pues precisado á diferir su entrada hasta el día mismo en que Riperdá salió de aquella corte. La imprudencia del nuevo magnate igualaba á su arrogancia: bien pronto empezó á descubrir el secreto de que debiera ser el mas fiel guardador, y á pronunciar bravatas contra la Inglaterra, hasta tal punto, que se vió el emperador precisado á amonestarle. Llamado en fin á Madrid, donde le esperaba un gran triunfo, inmediato á una lastimosa derrota, partió de Viena, dejando á su hijo Luis, que apenas contaba diez y nueve años, encargado de los negocios de España en aquella corte. Detúvose algun tiempo en Génova, donde fué magníficamente recibido, y desembarcó en Barcelona, llegando por último á Madrid en la tarde del 11 de diciembre, después de haber cometido en su viaje mil imprudencias, dignas de un niño hablador, contando los secretos de gabinete á todo el que queria oírlos, y proferiendo mil baladronadas contra la Inglaterra y sus aliados. Sin embargo, fué recibido como en triunfo, y su charlatanería logró alucinar por un momento á la corte: hubo magníficas fiestas en celebridad de la paz, y se prodigaron á su autor los honores y distinciones.

Formábase en tanto en el horizonte la nube que habia de venir á convertir en lastimoso luto tantas alegrías: la Inglaterra, recelosa con razon de la alianza de Viena, se unió con el duque de Borbon, quien temia las consecuencias del resentimiento de la España, y ambas

potencias, juntamente con la Prusia, firmaron en Herrenhausen, cerca de Hannover, una liga capaz de contrabalancear la de Viena: las partes contratantes se garantizaban la mútua posesion de sus estados, y definian los socorros que habrian de prestarse en caso de guerra. La Holanda seguia una negociacion con el emperador para hacerle revocar el decreto de creación de la compañía de Ostende; mas viendo que eran infructuosos sus esfuerzos, accedió á la alianza de Hannover en 9 de agosto de 1726, dejando burlado á Riperdá, que públicamente habia prometido atraer á esta potencia á sus intereses. La Suecia y la Dinamarca tomaron el mismo partido que la Holanda; mas el gabinete austriaco neutralizó estos triunfos, consiguiendo que tomase parte en su alianza la emperatriz Catalina I, y aun algo mas tarde el mismo rey de Prusia, que habia firmado la de Hannover. Muchos estados católicos del imperio siguieron al Austria, y parecia inevitable una guerra general. Crecia durante este tiempo en fortuna y poderío el duque de Riperdá: jamás se vió tan pronto engrandecimiento; en muy poco tiempo se vió elevado al rango de primer ministro, y acabaron de afirmar su autoridad dos extraordinarios decretos, que apenas tienen ejemplo en la historia de ningun favorito. Mandábase en el primero de estos documentos á todos los tribunales, chancillerías,

(1) Koch, tomo II, pág. 21. Coxe, tomo III. Macanaz, *Memorias*.

justicias y demás autoridades civiles y militares, que acelerasen la decision de los pleitos y espedientes que obraban en su poder, dando libertad á todo vasallo para que en caso de creerse perjudicado acudiese al rey, fuente de toda justicia, por conducto de su ministro y secretario de Estado el duque de Riperdá. Ordenaba el segundo que todos los consejos, tribunales y ministros, de dentro y fuera de la corte, diesen cuenta á S. M. de todos los pleitos que se hallasen pendientes, y pasasen al fin de cada mes una nota del estado en que se hallaban, y de los que hubiesen concluido; entendiéndose que todo esto se habia de dirigir al Consejo y Cámara de Castilla, para que informase como mas justo le pareciese. De este modo se erigia Riperdá

en árbitro absoluto de todo litigio, sometiendo á su autoridad el poder administrativo y el judicial; pero bien pronto empezó á experimentar los malos efectos de su loca ambicion. Cargó sobre su gabinete tal multitud de espedientes de todas clases, que hubiera sido necesario el trabajo de muchos hombres solamente para examinarlos: despachábanse muy pocos; y aumentábanse de dia en dia los quejosos. Ponia Riperdá por su parte cuanto le era posible para enajenarse la voluntad general: la petulancia que siempre se habia advertido en él, se elevó á un grado fabuloso; afectaba el genio y las maneras de un hombre llamado á regenerar la España, mostrando al mismo tiempo un desprecio sin igual para con sus inferiores y aun con sus iguales.



(La Barrera del Trono.)

Hablaba continuamente de su mérito, y se jactaba de tener asustada á la Europa, importándole poco revelar los secretos de gabinete: su genio inquieto y turbulento era incapaz de fijarse por mucho tiempo en una idea, y variaba de opinion á cada momento en cualquier negocio; cosa que chocaba mucho con la gravedad y firmeza española. A la menor contradiccion se le subia la sangre á la cabeza, y prorumpia en desaforadas voces y espresiones nada propias: sus costumbres no eran tampoco tan moderadas como debieran, y se le notaba una aficion decidida á las mujeres, cosa, segun la espresion de su historiadador Mañer, no muy comun en un holandés. El pueblo, que rara vez se equivoca en el juicio que forma de sus gobernantes, habiase ya declarado contra Riperdá: su cualidad de extranjero, su volubilidad

en materia de religion, su conversion sospechosa al catolicismo, su arrogancia, y otra multitud de circunstancias, fueron objeto de mil dichos y coplas, que espresaban la opinion general. El rey, que desde la muerte de Maria Luisa no habia mostrado confianza á nadie mas que á su confesor, se mostraba frio y reservado con su nuevo ministro: sospechaba de su capacidad, y quiso someter sus planes á algunas personas, á quienes solia pedir dictámen. Apoyaba Isabel con el mayor calor á su favorito; pero habiase este engañado completamente creyendo que podria llegar á adquirir alguna preponderancia sobre una mujer tan altanera é impetuosa como aquella princesa: su impaciencia por ver realizados sus ambiciosos planes ponia en el mayor apuro á Riperdá, que habia prometido lo que no podia cumplir; sus observa-

ciones eran mal acogidas, y pronto empezó á condeír que su situación no era tan favorable como él la creyera.

La avaricia de la corte de Viena era insaciable: todo el oro que contenía el erario español había pasado á sus manos, y aun exigía mayores sacrificios, sin dar paso alguno en favor de su aliada. Descuidábanse todos los ramos de la administración para atender con preferencia á este solo objeto: el ejército carecía de vestuario y armamento, la servidumbre del rey no estaba pagada, el comercio y la industria se hallaban paralizados, gemía el pueblo bajo el peso de enormes tributos, y el crédito público estaba completísimamente arruinado. Tales eran los elementos con que contaba Riperdá para sostener una lucha contra las naciones mas poderosas de Europa, y satisfacer al mismo tiempo la insaciable codicia alemana. Complicóse su situación con la llegada del conde de Königsek, embajador del Austria, quien echó muy pronto de ver que ni los recursos ni los preparativos de la España eran tan considerables como había prometido Riperdá; apremiaba á este ministro con nuevas peticiones para que pagase los subsidios prometidos á los electores y al emperador, y escusábase aquel con la penuria del tesoro, reconviniendo á su vez al Austria por la lentitud de sus operaciones. Produjeron estas mútuas quejas una enemistad manifiesta entre los dos ministros; pero el interés que ambos tenían en contemporizar con la reina impidió por entonces un rompimiento. Discurría Riperdá todos los medios posibles para alimentar la avaricia de la corte imperial; suprimió destinos, pensiones y pagos, apeló al recurso inmoral y gastado de imponer contribuciones á los empleados que habían desempeñado destinos lucrativos, so pretexto de dilapidación, y elevó el valor de la moneda de oro y plata. Estas medidas escitaron un clamor inmenso contra su autor, cuyas cualidades de extranjero y cristiano nuevo se recordaban mas que nunca.

Asustaban á Riperdá tan malos presagios; mas queriendo alejar todo lo posible el momento de su desgracia, trató de suplir la fuerza que le faltaba con baladronadas y amenazas. Hizo que el rey escribiese á los Estados Generales una carta, manifestándoles que haría causa común con S. M. I., declarando la guerra á cuantos le provocasen, y considerando á sus enemigos como si lo fuesen propios; procuró asustar á la Inglaterra, comunicando á su embajador algunos artículos del tratado secreto de Viena, y ponderando las fuerzas de la España y sus aliados: en fin, aparentó una expedición en favor del Pretendiente, y aun llegó á reunir en las costas de Galicia algunos buques y doce mil hombres. A fin de proporcionarse recursos propuso apoderarse de los fondos del banco de beneficencia de San Justo, que ascendían á muchos millones; pero no atreviéndose el rey á tocar á este depósito sin consentimiento del Consejo de Castilla, trató, auxiliado por el confesor de la reina, de ganar al obispo de Sigüenza, que era su presidente. Estaba el Consejo gravemente ofendido de Riperdá, por haberse este atrevido á declarar nulos, por su sola autoridad, muchos de sus actos; por cuya razón, y por no parecerle justo, se opuso el presidente á aquella medida, lo cual escitó en alto grado la cólera de la reina, cuyos efectos hubo de sentir el buen obispo. Todo iba de mal en peor para el desgraciado ministro: la Francia, en donde el obispo de Frejus acababa de suceder al duque de Borbon, se unió mas íntimamente con la Inglaterra, y ambas potencias publicaron una declaración, manifestando cuán íntima y firme era su alianza. Este último golpe desconcertó y aterró á Riperdá, quien apenas trató de ocultar su pesar: ya no habíaba de restablecer al Pretendiente en el trono de Inglaterra, ni de castigar al duque de Borbon, y buscaba la amistad de Stanhope, como si presintiese que no se haría esperar mucho su caída.

Es destino y suerte común de todo favorito verse precisado á tocar el polvo con su frente, tal vez cuando se creyera en el apogeo de su gloria: álzase á influjo, mas que de su propio mérito, de la habilidad con que sabe halagar las pasiones de sus amos, y cuando no halla ya medio de satisfacerlas, pierde gracia y fortuna, y es apartado como rueda inútil que entorpece el movimiento de la máquina. Dueño absoluto Riperdá del gobierno de España, tenía en sus manos la suerte de tantos hombres, que un momento después no la hubieran trocado por la suya: acaso preveía el ministro que tal prosperidad no había de durar mucho tiempo. Cerca de él, y en el mismo seno de la corte, agitábanse multitud de enemigos suyos, hábiles unos, poderosos otros, y ofendidos todos por su arrogancia, ó despojados por él de sus empleos. A la cabeza de estos descontentos figuraba el marqués de Grimaldo, ministro antiguo encañecido en los negocios; había servido á Felipe en los mejores dias de su reinado, y tenía para este rey el mérito de traerle á la memoria recuerdos de una época mas feliz y gloriosa: despojado por Riperdá de la secretaría de Estado, como en otro tiempo lo fuera por Alberoni, y ofendido por su petulancia, aguardaba para volverse á encumbrar el momento de la caída del favorito, pues conocedor experimentado de los peligros de la corte, veía claramente que no se haría esperar este suceso, y aguardándole procuraba acelerar su

llegada. Con mas ardor y no menos feliz éxito habían emprendido la misma tarea que Grimaldo dos hermanos, poderosos ambos y temibles por su talento: eran estos el marqués de Castelar y D. José Patiño: nombrados por Riperdá para las embajadas de Venecia y Bruselas, con el fin de apartarlos de la corte, habían hallado medio de permanecer en ella, y trabajaban eficazmente en contra del ministro, cuya plaza había sido destinada para el mayor de ellos, quien privado de ella iba en breve á recobrarla y á darse á conocer como uno de los mas diestros gobernantes que España ha tenido. Seguían á estos tres caudillos otra multitud de ministros, exonerados por Riperdá, entre los que se contaban Arriaza, gobernador del Consejo, Sopena, secretario de Marina é Indias, Martínez y otros varios. Mas el núcleo de todos estos elementos, y el arma que debía servir para descargar el golpe era el confesor de la reina, arzobispo de Armida: amigo declarado y decidido protector de Riperdá en un principio, habíase después entibiado su amistad por la petulancia del favorito. Sumiso á los menores caprichos de su ama, había sabido el arzobispo captarse su voluntad por medio de la adulación: su ignorancia en los negocios, y el deseo de conservar su influjo, le precisaron á unirse con los Patiños, cuyo talento conocía, y con los canónigos sicilianos Platania y Caraccioli, con quienes el rey solía comunicar algunos asuntos de importancia. Por este conducto llegaban á oídos de la reina algunas observaciones, que poco á poco iban destruyendo el crédito de su ministro. La ligereza é imprudencia de este favorito contribuían á desvanecer la buena opinion que Isabel formara de sus talentos; sin embargo, no era tan fácil hacer desistir á esta princesa de los proyectos que una vez adoptara, y acaso hubieran sido inútiles todos los esfuerzos de los cortesanos, el descontento de la grandeza y los clamores del pueblo, si otro enemigo mas poderoso no hubiera decidido la lucha en contra de Riperdá. El embajador austriaco Königsek reclamaba á cada momento las exorbitantes sumas que por el tratado de Viena se había la España obligado á pagar: respondíale Riperdá manifestando la pobreza del tesoro, y se separaban acusándose mútuamente de avaricia ó de impotencia. La corte de Viena, informada por su embajador, dió á este libertad para que dirigiese sus tiros contra el ministro, y en su consecuencia presentó Königsek á los reyes una queja formal contra Riperdá, alegando que había revelado al embajador inglés los artículos del tratado de Viena, y exagerando las consecuencias de esta imprudencia. El éxito de este ataque fué decisivo; la misma reina se unió á Königsek en contra del ministro, recomendando al rey los Patiños, quienes se obligaban á pagar los subsidios y cumplir las promesas hechas á la corte de Viena. Decidióse desde aquel momento la caída de Riperdá; mas ni Felipe ni su esposa trataron de hacerla humillante para quien había gozado de su confianza; antes bien quisieron paliarla de modo que le fuese menos sensible. Corrian los primeros dias del mes de mayo de 1727, y reinaba en palacio esa actividad que presagia siempre algun ruidoso suceso: el favorito, abatido y desanimado, no afectaba ya aquella arrogancia que tantos enemigos le produjera; sin embargo, continuaba despachando como de ordinario, lo que atormentaba á los cortesanos, ansiosos de gozarse en su desgracia. Llegó al fin este momento. Despachaba el rey una mañana con Riperdá, cuando al irse á retirar este ministro manifestó Felipe que se veía precisado á apartarle del ministerio; pero que estando agradecido á sus servicios quería que conservase todos sus demás empleos y honores, y aun que pudiese algun otro si le parecia conveniente. Respondió Riperdá que determinaba hacer dimision de todos ellos, pues conocía le seria imposible conservarlos teniendo tantos y tan poderosos enemigos; pero que si S. M. se dignaba emplearle en alguna embajada sería el mayor favor que pudiera recibir. —Bien está, contestó Felipe, tendrás la de Francia en cuanto cambie la situación presente. Retírase el duque á su casa, y pocas horas después recibió el decreto de su destitución, que el marqués de la Paz le remitía. Decía así este pápel: «Habiendo venido el Rey nuestro Señor en admitir á V. E. la representacion que ayer le hizo para retirarse de los empleos que S. M. tenía conferidos á V. E. y señalarle la pension de 3,000 doblones al año, entre tanto que S. M. en adelante y como mas conveniente le pareciere emplear á V. E. en su real servicio. Participo á V. E. de orden de S. M. para que se halle en inteligencia de una y otra real deliberacion. Dios guarde á V. E. etc. Palacio 14 de mayo de 1727. — Juan Bautista de Orendain.»

Aunque debió de ser muy sensible esta caída para un hombre tan vano como Riperdá, bien pudo sin embargo hacerla menos penosa la manera con que se había efectuado. Al dia siguiente se trasladó el ministro caído con su esposa á la casa que tenía frente á la Vieja, y encerrándose en su gabinete pasó allí la mañana, mientras la duquesa recibía las visitas de los cortesanos que acudían á darle el pésame de una desgracia que admiraban no hubiese sido mas decisiva. Espacióse por Madrid la noticia, y acudió mucha gente á la calle en que estaba situada la casa del ministro; los coches de los grandes señores y palacios la obstruían casi toda: hubo algun tu-

multo, y percibiéronse algunas voces que gritaban contra el desgraciado favorito. Apoderóse el temor de la gente del duque, y se comunicó á la duquesa y al mismo Riperdá que siempre había temido que su cualidad de extranjero y mal convertido protestante le acarrearase algún desastre. Llegó en estos momentos el embajador de Holanda Mr. Vandermeer, quien le aconsejó, tal vez con siniestra intención, que buscara algún asilo donde ponerse en salvo: suplicóle Riperdá que le acogiese en su propia casa: pero el embajador alegó varios pretextos para no acceder: discurrió entonces refugiarse en la Nunciatura ó en el convento de Teatinos; mas Vandermeer le disuadió de este proyecto, y le aconsejó que eligiese la embajada de Inglaterra; admitió el duque la propuesta, y quedaron de acuerdo en que aquella noche volvería el embajador y le conduciría en su coche á casa del de Inglaterra. Avisó Vandermeer á Stanhop, que se hallaba en Aranjuez, del suceso, y pasado el resto del día, condujo á Riperdá á la embajada de Inglaterra. Este paso impolítico que causó la ruina del duque, se cree que fué meditado entre Stanhop y Vandermeer, quienes previendo su caída discurrieron de antemano este medio de apartarle para siempre del gobierno; pues temían algún tanto que emplease sus conocimientos en pró del comercio y fábricas de España. A la mañana siguiente pasó Stanhop á ver al rey, á quien hizo presente se hallaba el ministro en su casa. S. M. no manifestó enojo ninguno y despidió al embajador sin darle contestación definitiva; sin embargo, aquel mismo día recibió el marqués de la Paz una comunicación, participándole que para prevenir un nuevo escenso del duque, había mandado S. M. que se apostasen soldados en las avenidas de la embajada. Comunicó Stanhop esta carta á Riperdá, quien se determinó á escribir á S. M. en defensa de su conducta. Alegaba, para disculparse de haber tomado asilo en la casa del embajador de una potencia con la que no estábamos muy en armonía, el furor del pueblo de Madrid; recordaba después sus servicios, y terminaba con estas imprudentes frases: «¿No soy yo quien he celebrado en favor de VV. MM. el tratado de Viena y los enlaces de D. Carlos y D. Felipe con dos archiduquesas?» Esta carta fué la que decidió la suerte del imprudente ministro: el rey y su esposa vieron en ella un insulto y provocación directa, y así hicieron que inmediatamente contestase Orendain al embajador manifestándole, que pues el único motivo que había tenido Riperdá para tomar aquel asilo era el temor á los insultos del pueblo de Madrid, hiciese cesar aquel escándalo entregando la persona del duque, que sería guardada con toda seguridad. Crecían con estas funestas noticias los temores y angustias del desgraciado Riperdá: un inmenso gentío rodeaba la embajada, y aunque pacífico y silencioso, tenía en continuo susto al ministro, pues conocía que basta una pequeña chispa para exaltar el ánimo del pueblo y conducirle á los mayores escensos. Había puesto en salvo sus mas preciosas alhajas, y recibía de tiempo en tiempo las visitas de su esposa, que aumentaba sus temores con la narración de lo que había visto y oído al atravesar por medio del pueblo que rodeaba la embajada. Pasaron así algunos días, en los cuales mediaron repetidas y vivas contestaciones entre Stanhop y el marqués de la Paz, persistiendo este en que le fuese entregada la persona del duque, y negándose aquel mientras el refugiado no prestase su consentimiento. Al fin determinó el rey consultar al Consejo de Castilla sobre este asunto, y como era de esperar, decidió este tribunal en contra de Riperdá contestando á S. M.: «Que el duque era reo de lesa majestad por haber insultado la autoridad del rey, y que como tal no debía valerle la inmunidad de la embajada, pues esto solo podía servir para delitos leves; y que por consiguiente debía procederse á la extracción del reo.» En vista de este dictamen decidióse el rey á poner en ejecución lo resuelto por el Consejo: al amanecer del día 3 de junio rodeó la embajada inglesa un destacamento de las guardias de Corps mandado por el mariscal de campo D. Francisco Valenza, quien entregó á Stanhop un billete de Orendain en el que se participaba al embajador la resolución de S. M. No pudo Stanhop resistir á la fuerza y abandonó á su suerte al desgraciado Riperdá, quien fué conducido al alcázar de Segovia. Así vió trocada su prosperidad en amarguras este aborto de la fortuna que, sin méritos para desempeñar un puesto algo elevado en el gobierno de una monarquía, había dispuesto de los destinos de la de España, y conducidola, ayudado por la reina, por un camino de perdición y ruina para sus pueblos. Al examinar tan ligeramente como se merece la administración de este favorito, no nos atrevemos, como el historiador inglés que escribió la historia de los Borbones en España, á compararla con la de Alberoni, pues no hallamos punto de semejanza alguna entre ambos, si se exceptúa la circunstancia de ser ambos ministros extranjeros: no se puede negar á Alberoni el genio, la firmeza y la mas fina política realzada por el mas inviolable secreto, mientras que á duras penas puede verse en Riperdá otra cosa mas que un aventurero, sin religión, sin escrúpulosidad, imprudente y charlatan hasta lo sumo, y digno á lo mas de desempeñar la superintendencia de las fábricas de una nación que, como la

España, no tenía ninguna. Sus ideas respecto al comercio eran las que comunmente se profesaban en Holanda, y hubiera sido preciso que Riperdá fuese el hombre mas rudo del mundo para que nacido en un país comerciante por esencia, desconociere la importancia de la industria fabril y la necesidad de unos buenos reglamentos de comercio.

(Continuará.)

JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

(Continuación.)

LECCION CUARTA.

La Elegancia.

Tú no sabrás, lector mio, que en este siglo de trampas una virtud y muy gorda es la espléndida elegancia.

Si no lo sabes, escucha, y en el fondo de tu alma con profundas letras góticas mis sabios consejos graba.

Vete al Prado cada día siendo una copia en tus galas del figurin recibido aquella misma semana.

Rice Pelaez tus pelos trazando la blanca raya, y Aimable y Baltar y Utrilla den mayor lustre á tu estampa.

Un día en muelle carroza fumas tendido con gracia, otro en *char-à-banc* endeble inmensas yeguas te arrastran.

Ten entrada en los salones de toda la aristocracia, y el mejor palco de abono y una querida en las tablas.

Habla mal de todo el mundo, cuenta amorosas hazañas, y enumera entre tus victimas á cuantas veas con faldas.

Acuéstate hácia las cuatro, deja á las doce la cama, di que París es la gloria, y que tu tierra es el Africa.

Comer *beafstek* y *rosbif*; nada de garbanzos, nada; y toma té, mucho té; que así las tripas se lavan;

y que me emplumen si entonces la humanidad no te ensalza, y eres modelo de trajes, de costumbres y de cara.

Y te ves con mas amigos que granos una granada, y estrechar manos ilustres es tu tarea ordinaria.

¡Que honor será, qué fortuna el colgarse de tus mangas! ¡cuánto de hacer cortesías y aquello de «bien; gracias.»

Disputarán tus favores las mas eminentes damas, y serás vice-marido de las seis mas recatadas.

¡Cuánto te mostrarán en público con tu puro amor ufanas! Desprecias tú, y á otra dirige tiernas miradas.

¿Y el marido? De orden tuya lleva por calles y plazas en pesetera berlina una modista muy guapa.

¿A quién sino á las virtudes

se tributan honras tantas?
 ¡Y sostendrán todavía
 que no es virtud la elegancia!
 Ponte un sombrero abollado,
 la ropa llena de calvas,
 zapatos que abran la boca,
 de mil colores la capa,
 y aunque sepas mas que Lepe,
 mas que Lepijo y su casta,
 y seas un catecismo
 de moral teórico-práctica,
 ¡a que nadie se te acerca,
 nadie á tu brazo se agarra,
 ni por lucirse contigo
 donde quiera te acompaña?
 Si saludas, solo ciegos
 hallarás por donde vayas;
 y solo graves respuestas
 y ceño adusto si hablas.
 Ya ves pues, lector amigo,
 que la virtud de la cáscara
 vale mucho en este mundo
 aunque en el otro no valga.
 Conque si quieres ser algo,
 gasta diez horas diarias,
 lector, en pensar la forma
 de tu ropa y de tus barbas.
 Tú me dirás: ¿y el dinero?
 Dinero no te hace falta
 con otra virtud social
 que suele llamarse audacia.

LECCION QUINTA.

La Filantropía.

A tí, invencion de los hombres
 en este siglo nacida,
 á tí en mi romance canto,
 hermosa filantropía.
 Miseros tiempos aquellos
 en que no te conocian,
 y la caridad humilde
 era virtud favorita.
 Pero murió: las virtudes
 tambien se vuelven ceniza,
 y la gran *beneficencia*
 se quedó á sustituirla.
 Virtud era ya mas culta
 esta, y del siglo mas digna,
 y estuvo en moda algun tiempo,
 pero al verte huyó de envidia.
 Dulce es tender una mano
 al que gime en la desdicha;
 pero mas dulce es aun
 que se publique y se imprima.
 Filantropía, eso es tuyo;
 tú, de las luces amiga,
 quieres publicar virtudes
 ya que todo se publica.
 ¡Oh! cuántos dieran alegres
 hasta la última camisa
 por ver circular impreso
 su nombre en las gacetas.
 ¡Cuántas y cuántas personas
 se hicieran caritativas,
 si publicasen los pobres
 de bienhechores las listas!
 Y ¡ay si el hambriento debiera
 esperar virtudes inclitas
 bajo secreto y á oscuras
 en ignorada guardilla!
 Mas tú, virtud siempre hermosa,
 eres en ingenio rica,
 y con miles de invenciones
 la suerte del pobre alivias.
 Que tuyas son, y muy tuyas,
 las suscripciones, las rifas,
 los beneficios teatrales
 y las funciones taurinas.

¡Qué hermoso es ver á tu influjo
 unirse dos mil familias,
 y ser colaboradoras
 de limosna, en comandita!
 ¡Qué hermoso es ver cómo acuden
 los mortales cual hormigas
 con duros, telas, garbanzos,
 pan, vestidos, trapos, hilas!
 Por tí ¡qué gusto! un torero
 espone gratis su vida,
 y un actor trabaja gratis
 y gratis la orquesta chifla.
 Y no se encuentran billetes
 un mes antes de aquel día,
 con su precio y sobreprecio
 y algo de limosna encima.
 Y alza á las nubes la prensa
 de Madrid y las provincias,
 llamándolos filantrópicos,
 al público y los artistas.
 Y en el Diario después
 oficialmente se avisa
 que don Tal llevó tres palcos
 y don Cual seis galerías.
 ¡Pues las rifas bienhechoras!
 ¡Oh que placer, qué delicia
 ver cuál acude solícito
 tanto benéfico quidan!
 Beneficiando á los otros,
 él en su suerte confía,
 y juega como pudiera
 jugar al monte ó la brisca.
 ¡Cuánto jóvenes las iglesias
 el Jueves Santo visita,
 y echa á las damas que piden
 napoleones y risas!
 ¡Qué filantrópicos! ¡mucho!
 En perfumada esquelita,
 como multa le impusieron
 esas monedas que tira.
 Así la elegante dama
 su caridad ejercita,
 y socorre la miseria
 con fruto de socialinas.
 Y ella se luce pidiendo
 donde la ven y la admiran,
 y él dando en público aquello
 que en secreto no daría.
 Dichoso mil y mil veces
 el hombre que necesita
 para socorrer al prójimo
 que circule la noticia.
 Caridad habrá sin esto;
 pero es cosa muy sabida
 que si no hay publicidad
 no existe filantropía.

(Continuará.)

José GONZALEZ DE TEJADA.

La buena fé es el fundamento de toda sociedad humana.
 Ser muy desconfiado con los demás, es ponerles en ocasion de que
 deseen engañar.
 Es propiedad de necios admirar en los libros lo que menos com-
 prenden.
 La suerte de muchos libros es de no agradar hasta después de la
 muerte de sus autores; la envidia persigue muchas veces á los vivos.
 La verdad es el fundamento de la historia.
 Es necesario perdonar, dice Polibio, al historiador que se engaña;
 pero el impostor no debe esperar indulgencia.
 Ya no se conocen aquellos hermosos tiempos de que un antiguo
 decia: los talentos se recompensaban segun su mérito.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.